



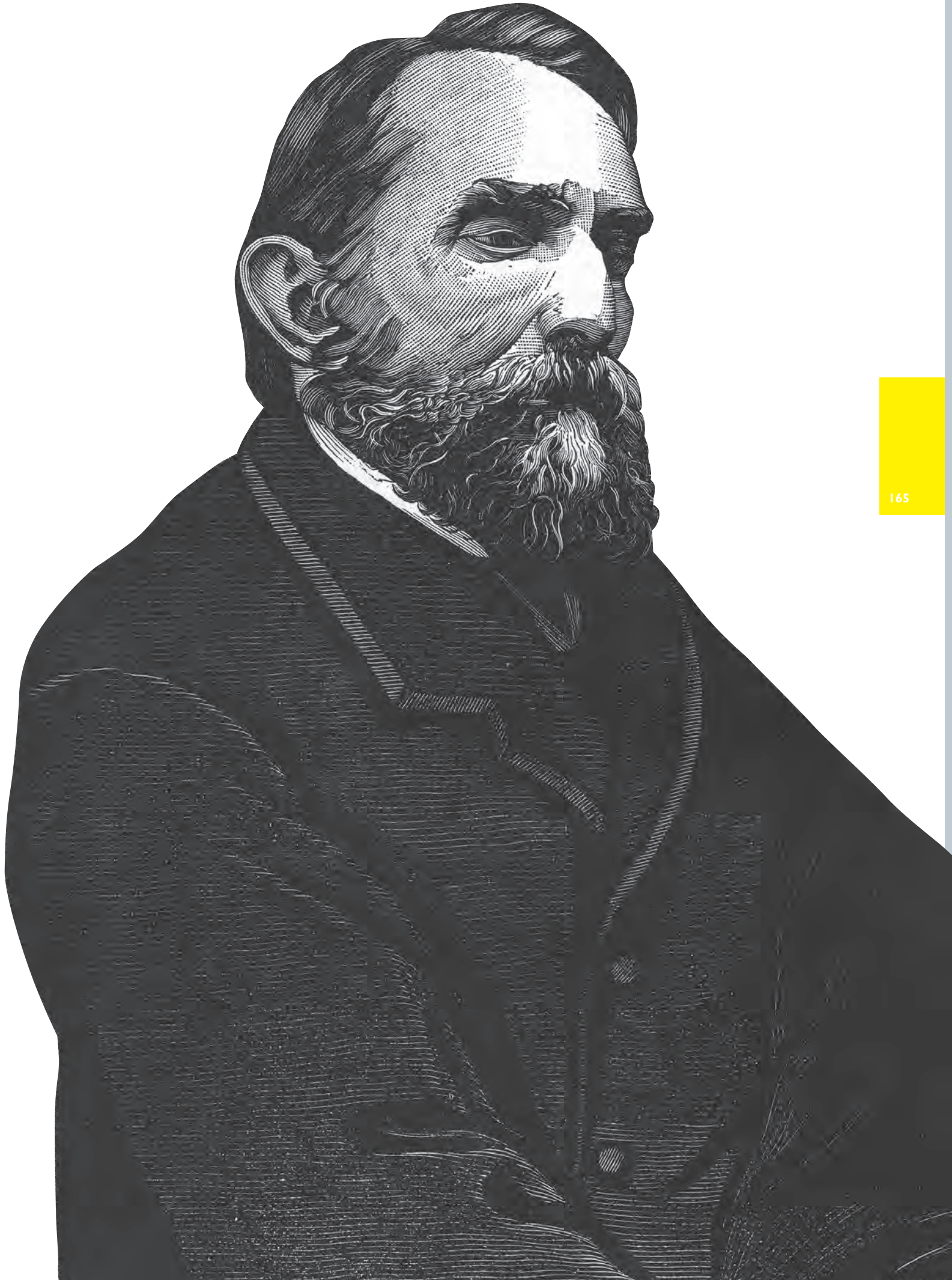
DON MARCO FIDEL SUÁREZ (1855-1927) fue presidente de la República de Colombia (7 de agosto de 1918 a 11 de noviembre de 1921) y uno de los ensayistas más notables del país, cuya producción más valorada han sido los *Sueños de Luciano Pulgar* que comenzaron a publicarse desde mayo de 1925 en *El Nuevo Tiempo*. Cuando ejercía el empleo de ministro de Relaciones Exteriores de la administración Caro escribió esta semblanza del expresidente Rafael Núñez con motivo de su fallecimiento en la casona cartagenera de El Cabrero, el 18 de septiembre de 1894. Aunque en ese entonces apenas tenía 29 años de edad y aún no se había casado, ya la experiencia del ilustre escritor antioqueño, responsable del cambio de nombre de su patria nativa (Hatoviejo) por el que rinde homenaje al polígrafo caraqueño Andrés Bello, se extendía a la política exterior y a las letras. Fue nuestro Carlos Martínez Silva quien le propuso en 1883 para ocupar un sillón en la Academia Colombiana de la Lengua, por el mérito de su *Ensayo sobre la Gramática Castellana de don Andrés Bello*. Cuando Abelardo Forero Benavides dirigía en Bogotá el semanario *Sábado* decidió reeditar en la entrega 583 (30 de abril de 1955, páginas 2 y 8) esta semblanza póstuma sobre Rafael Núñez, cuya penetración mantiene su vigencia hasta nuestros días. Es por eso que se ofrece de nuevo a la atención de los lectores de la *Revista de Santander*.

164

La noticia de la muerte del excelentísimo señor doctor Rafael Núñez, presidente de la República, acaecida en Cartagena el 18 de septiembre, ha producido dolor en sus amigos, pena en sus copartidarios y estupor en sus conciudadanos. Varios gobiernos han expresado, por el órgano de sus insignes personajes, sus sentimientos a causa del fallecimiento de este colombiano, cuya fama había salvado los límites de la patria y cuya obra era contemplada atentamente en Europa y América: el sumo pontífice León XIII se ha conolido por la muerte de un estadista a quien Su Santidad citaba como modelo de gobernantes católicos; Casimiro Périer, en quien se personifican hoy los elementos conservadores de la civilización, ha enviado su pésame al Gobierno de Colombia; el ministro de Relaciones Exteriores de Italia,

cuyos votos no pueden ser más imparciales hacia nosotros, se ha dignado asociarse a este duelo; y los presidentes de varias repúblicas americanas han hecho otro tanto, deplorando nuestra desgracia nacional.

Semejantes manifestaciones demuestran que no se trata de un hombre ordinario ni de un acontecimiento común. Y a la verdad, las dotes eminentes que distinguieron al finado, la grandiosa obra que llevó a cabo y el prestigio excepcional de que gozó, justifican estas manifestaciones en su muerte, así como justificaron en su vida que por cuatro veces le llamasen sus conciudadanos a presidir la república; que por veinte años influyese decididamente en la política nacional, y que durante doce se le confiasen las riendas del estado. Sin hipérbole alguna puede contarse al presidente Núñez entre los grandes hombres a causa de sus singulares



En Inglaterra recibió una saludable enseñanza, que le suministraron los ejemplos de Gladstone y Disraeli y que casi siempre olvidan nuestros hombres públicos, debido al candente medio en que trabajan; y es que un pensador puede modificar sus ideas sin que esto mengüe su carácter; que en política no son lícitas las oscilaciones, pero sí las rectificaciones progresivas.

cualidades, y entre los genios políticos porque fue creador: político, hombre de estado, publicista, filósofo y poeta, perteneció al reducido grupo de aquellos a quienes la Providencia comunica múltiples y poderosas dotes para que realicen grandes cosas. Su estrella resplandeció mucho tiempo en nuestro cielo, y en su último día brillaba aún sobre el horizonte, señalando nuevos rumbos. No cayó ni decayó; adalid de una gran causa, luchó con denuedo y fue coronado por la fortuna, sin que al morir hubiese presenciado la ruina de su obra, ni experimentado el baldón de la caída o la impotencia de la decrepitud.

Hace veinte años que inició Núñez la labor que debía concluir en una profunda reforma de las instituciones políticas de Colombia. Habiéndose afiliado en su juventud en un partido de opiniones extremas, se convenció pronto de la exageración de aquellas tendencias; y aunque sus talentos le aseguraron desde el principio de su carrera los más elevados puestos públicos, resolvió apartarse de la lucha y dedicarse por mucho tiempo al estudio y a la meditación en los pueblos más civilizados. Su larga permanencia en Europa tuvo que modificar hondamente sus antiguas ideas y hubo de persuadirle de los errores de su partido; sobre todo en Inglaterra recibió

una saludable enseñanza, que le suministraron los ejemplos de Gladstone y Disraeli y que casi siempre olvidan nuestros hombres públicos, debido al candente medio en que trabajan; y es que un pensador puede modificar sus ideas sin que esto mengüe su carácter; que en política no son lícitas las oscilaciones, pero sí las rectificaciones progresivas.

El partido colombiano al que Núñez había pertenecido se hallaba en el poder después de muchos años, y desgraciadamente su obra no era satisfactoria, pues había cometido el gravísimo error de convertirse en una especie de secta filosófica, cuyos principales errores fueron la desorganización de la Nación a causa de un federalismo monstruoso, la violación de los derechos civiles y políticos en virtud de las más quiméricas libertades, y el establecimiento de las guerras religiosas de la Edad Media en una sociedad del siglo XIX. El país, digno de mejor suerte por la índole nacional y por las condiciones físicas del territorio, permaneció, sin embargo, en vergonzoso atraso, dando al mundo un continuo espectáculo en que alternaban las polémicas con las batallas.

El campo que necesitaba la reforma era una sociedad con grandes defectos y grandes cualidades, entusiasta, discutidora, de genio especulativo, gustos áticos y profundo sentido moral, que jamás ha tolerado dictaduras y en cuya imaginación obra grandemente el brillo de la palabra o de la pluma. Los elementos para formar un nuevo partido se ofrecían desde luego en la segregación del que se hallaba en el poder, es decir, en todos los individuos que se habían apartado del partido dominante, fuese porque sinceramente estuviesen convencidos de sus errores y faltas, o porque los guiase su propio temperamento opositor. Presentábase también, como aliado, el partido antagonista tradicional, respetable por su número, por la dignidad de su pasado y la excelencia de su programa; pero abatido por la fuerza de las armas, inflexible y suspicaz a causa de la rigidez de sus principios y por lo mismo tan

refractario a la disciplina, que llamándose conservador, parece en ocasiones falto de instinto de conservación.

Sostenido o auxiliado por estas fuerzas políticas, fundó Núñez el partido que se llamó nacional en razón de su composición y tendencias, pues representaba la gran mayoría de la Nación y se proponía objetos que podían resumirse en la salvación de la nacionalidad. La empresa se llamó Regeneración desde el día en que el resuelto caudillo proclamó, en memorable dilema, la necesidad de reformar sustancialmente la administración pública. El curso de esta empresa resulta espontáneamente dividido en dos épocas: la de preparación, anterior a la guerra de 1885, en que la obra apareció indecisamente delineada y con tendencias más o menos indefinidas; y la de realización, que dató de aquel acontecimiento y en que la reforma se caracterizó netamente y quedó definitivamente consumada.

Emprendió Núñez la reforma sin indicar circunstanciadamente el objeto final de su obra, de modo que la discreción fue la primera cualidad que puso en juego el gran político; el político se guardó de señalar la posición de la isla, fuese porque él mismo la ignoraba o porque comprendiese que la distancia haría flaquear a muchos de sus seguidores. El público no sabe si intentó desde el principio llegar al término adonde llegó, o si fue arrastrado por la ola más allá del fin propuesto, como sucede casi siempre a los caudillos de las revoluciones; pero es lo cierto que, avanzando siempre, su discreción le salvó de que se le amotinase parte de sus secaces, muchos de los cuales fueron rezagándose desalentados en el camino y haciendo que la ruta del reformador quedase, como la vía de Apia, regada de sepulcros.

Su propia habilidad, la sinceridad de sus patrióticos deseos y los errores de sus enemigos justificaron completamente su conducta como reformador de la Constitución y le redimen de toda nota de deslealtad en este punto; pues tuvo cuidado de invitar a sus ad-

versarios repetida y amigablemente a la reforma, llamamiento que ellos contestaron con la guerra. Así quedó Núñez desobligado aun de los compromisos tácitos; se le presentaron, unidos del modo más espontáneo, el deber de la defensa y la ocasión de realizar sus planes; y aún sucedió que los mismos que le hicieron la guerra se le anticiparon en la declaración de la caducidad de las instituciones.

La victoria de las armas nacionales le constituyó caudillo de un gran partido y director de un inmenso movimiento. En esta situación desplegó todos los recursos de su genio y todas las energías de su carácter para realizar las reformas que en un principio tal vez se habían presentado apenas como objeto confuso a sus altas ambiciones. En vasto campo, asumió una franca actitud, anteponiendo siempre la causa a las personas; y vió-

Fundó Núñez el partido que se llamó nacional en razón de su composición y tendencias, pues representaba la gran mayoría de la Nación y se proponía objetos que podían resumirse en la salvación de la nacionalidad. La empresa se llamó Regeneración desde el día en que el resuelto caudillo proclamó, en memorable dilema, la necesidad de reformar sustancialmente la administración pública.

sele dirigir su obra con la serenidad del que, empeñado en una jugada, arroja o recoge las cartas pensando solo en el conjunto de sus combinaciones. La frialdad de quien prevé y calcula sin oír las voces de los afectos personales, como si solo tuviese cerebro y careciese de corazón, podrá calificarse de diversos modos según el criterio con que se considere; pero lo cierto es que esa cualidad es caracte-



168

rística de todos los grandes políticos, quienes posponen los hombres a las causas así como los jueces sacrifican la amistad a la justicia.

Después de que la reforma quedó técnicamente realizada, el presidente Núñez consagró sus cuidados a la conservación de

Supo fijar con el mayor acierto las oportunidades de la palabra y del silencio, y a la vez que recogía los rayos esparcidos de las opiniones particulares y de los diversos pareceres, esperaba la hora mejor para reunir en un haz brillante esos rayos por medio de su pluma.

la paz nacional; y conociendo que la enemistad de sus adversarios era inextinguible, propúsose mantenerlos vencidos, como se propuso Richelieu tener a raya al hugonote. Aprovechaba las circunstancias y los acontecimientos para acentuar y consolidar más su obra, cuidando de que sus providencias fuesen justificadas por los sucesos y empleando a maravilla las reservas del diplomático, las restricciones de un lenguaje sumamente discreto y admirables toques de disimulo. ¿Fue esto una falta? Júzguese como se quiera el fondo de estos actos, lo cierto es que probablemente no ha habido políticos extraordinarios que no hayan sido consumados en las artes de la astucia; desde Augusto hasta Sagasta los conductores de hombres fueron siempre insignes comediantes; la misma moral teológica no califica de inmorales las restricciones mentales, y el Evangelio, al recomendar el candor de la paloma, recomienda también la astucia de la serpiente. Pero mientras que la mayor parte de los grandes políticos han mezclado la venganza y la crueldad a las armas y combinaciones del ingenio, cometiendo excesos que manchan su gloria, a Núñez le cupo la dicha de morir con las manos limpias de la sangre de sus semejantes.

La previsión y la perspicacia caracterizaron su poderosa inteligencia, de forma que dilataba sus cálculos a remotas distancias y examinaba el fondo de las cosas y de los hombres con singular acierto. Con todo, aunque poseía la conciencia de su fuerza intelectual, libróse de la terquedad y de la precipitación, escollo en que naufragan ordinariamente los proyectos y cálculos humanos. Por eso se guardaba siempre que podía de sentar proposiciones absolutas y de entrar por caminos de una sola salida; poseyó lo que pudiera llamarse talento de orientación, consistente en adaptar las resoluciones a las circunstancias, después de examinar estas diligentemente; y sin aferrarse a sus primeros planes, los modificaba y aun rectificaba cuando lo creía necesario.

Flexible y conciliador, reunía a esta dote otras cualidades que parecen contradictorias, pues sobresalió en constancia y valor civil. Una vez que adoptaba una resolución fundamental, sus propósitos eran inquebrantables; en medio de las peripecias de su agitada vida, guardó en su corazón sus planes de reformador y los llevó a cabo sin vacilaciones; y se atrevió a implantar la reforma más atacada y más profunda, rodeado de innumerables peligros y exhibiendo una estupenda serenidad. ¡Singular carácter en quien armonizaban las dotes más diversas! ¡Privilegiada personalidad, compuesta de cualidades al parecer incompatibles, y en quien se fundían las condiciones más opuestas, los sentimientos de un poeta, las dudas de un filósofo, los cálculos de un hacendista, las previsiones de un político, la cautela de un diplomático, las ambiciones de un reformador!

Con especial esmero cumplió las exigencias de la urbanidad, especie de virtud que por su influencia en la política recibe

también este último nombre, y que después de la beneficencia es el medio más apropiado para ganar las voluntades. Cultivaba una extensa correspondencia, que él mismo llevaba de su puño y letra; poseía el más fino tacto para tratar a cada uno de acuerdo a sus gustos y aficiones; y sabía captarse el aprecio y la gratitud por medio de los estímulos más delicados.

Su grande instrumento fue la pluma. Consideraba la prensa como un inmenso poder y la misión del periodista como labor de imponderable trascendencia y de enormes responsabilidades. Nunca dejó de escribir para el público, ora fuesen artículos de carácter abstracto, o estudios de interés local, reflejándose en su manera de escribir las excelsas cualidades de su espíritu, pues ningún periodista ha expresado entre nosotros más altos pensamientos ni ha empleado una forma más brillante. Casi nunca perdió la serenidad, reflejo de la fuerza de su mente, y aún en sus escritos de polémica y en sus más

Casa de Rafael Núñez, en el Cabrero, Cartagena. *Papel Periódico Ilustrado.*



Resultado de su talento y a la vez de su energía fue el dominio que ejerció sobre sí mismo en cuanto se refería a la dirección de la política, y cuyas principales manifestaciones eran una gran paciencia respecto de los acontecimientos y de los hombres y una discreción a toda prueba.

vehementes filípicas guardó el comedimiento propio del caballero que se bate en duelo y cuyos tiros se distinguen del pugilato de la gente vulgar. Su áurea pluma desdeñaba contestar insultos y agresiones personales y se complacía en considerar las cuestiones desde los puntos de vista más elevados.

Resultado de su talento y a la vez de su energía fue el dominio que ejerció sobre sí mismo en cuanto se refería a la dirección de la política, y cuyas principales manifestaciones eran una gran paciencia respecto de los acontecimientos y de los hombres y una discreción a toda prueba. A veces, cuando las situaciones parecían más urgentes y cuando sus copartidarios creían llegado el momento de las soluciones anheladas y de los pasos decisivos, él permanecía atento al curso de los sucesos y aguardando a que soprase el viento para tender las velas del bajel. Supo fijar con el mayor acierto las oportunidades de la palabra y del silencio, y a la vez que recogía los rayos esparcidos de las opiniones particulares y de los diversos pareceres, esperaba la hora mejor para reunir en un haz brillante esos rayos por medio de su pluma. El dominio sobre sí mismo era lo que le habilitaba para aprovechar las buenas cualidades de los hombres sin desconocer ni maldecir sus defectos, empleando aquellas y desechando estos, así como el artista transforma en estatua el material adecuado, separándolo de

las escorias. Estas dotes fueron simultáneamente efecto de su privilegiada inteligencia y de su virtud, pues si hay algún hombre virtuoso en el sentido que la antigua filosofía daba a la palabra, es el que se vence a sí mismo hasta sobreponerse a las debilidades e impertinencias humanas, a la lentitud de los acontecimientos y a la especie de necesidad que nuestra alma siente de expresar hasta con fruición las ajenas flaquezas. Y al propio tiempo, al lado de esta mesura para obrar y de esta paciencia para plantear los problemas y preparar su solución, ninguno le aventajaba en la rapidez con que ponía en práctica sus proyectos y con que realizaba sus ideas.

Con tan poderosa inteligencia y tan vasta ilustración, el presidente Núñez practicó la política civilizada de los grandes hombres; por lo cual se presentó como un tipo de hombre público casi desconocido en países como el nuestro, donde aquel arte casi nunca ofrece sino las soluciones empíricas del sable o de la hermenéutica sin vuelo. Empeñado en lucha descomunal con un partido dirigido por hombres ilustrados, hábiles, audaces y disciplinados, que se creyeron invencibles en las lides de la fuerza y de la inteligencia, lo batió y no le concedió desquite. Quizás no hay ejemplo en ningún país americano de una lucha tan intelectualmente dirigida y tan plenamente victoriosa como la del doctor Núñez contra su poderoso adversario.

Como estadista y administrador se distinguió ante todo por una grande actividad, aplicada casi siempre al conjunto más bien que a los detalles, más sintética que analítica, y por lo mismo poco adaptada a la reglamentación minuciosa y a las tareas organizadoras. Todos los asuntos importantes de la administración, a cualquier ramo a que perteneciesen, merecían su atención; y disponía de tiempo para los estudios que formaban sus aficiones filosóficas y literarias.

Sus talentos administrativos eran admirablemente dúctiles y se acomodaban

a diversas materias, pues era consumado en asuntos de hacienda, guerra, diplomacia y crédito público, varios de los cuales dirigió con especial lucimiento como jefe de los departamentos respectivos.

Si en política tuvo Núñez el don de gentes con el cual atraía a los hombres, como estadista los comprendía y pesaba después de alguna observación, percibiendo sus aptitudes así como los flacos de su inteligencia o de su carácter. Esto explica en mucho el éxito de sus empresas, pues casi siempre sabía escoger los auxiliares más a propósito para cada caso. Su conocimiento de los hombres le habilitaba para dirigirlos simultáneamente, sin choques ni colisiones, en aquellas empresas en que obtuvo con elementos heterogéneos resultados que exigían perfecta unidad de acción; así fue como logró poner bajo un mismo yugo voluntades tal vez opuestas y como alcanzó, auxiliado de un mapa y un telégrafo, impulsar las admirables expediciones militares que defendieron su gobierno.

Acompañábanse estas dotes de verdaderas y grandes virtudes. Entre ellas descollaba la energía, que fue la que le sostuvo en la horas más difíciles y en las más amargas pruebas, cuando su nave casi zozobraba y cuando se veía abandonado de casi todos sus amigos; la energía que lo alentó al lanzar en ocasión solemne el reto que condensó su programa, al declarar no existente la Constitución de 1863 en los momentos más peligrosos, o al reasumir el mando cuando todo parecía conjurado contra él. Pero la energía del presidente Núñez no era la dureza de la barra mal templada que se rompe al primer choque, sino el vigor del cable fuerte y flexible que resiste la ola. A pesar de su inmenso prestigio y de la conciencia que

debió tener de su propia importancia, no fue vencido por la elación y la soberbia, compañera y ruina de las glorias humanas; supo ser digno sin orgullo, mantener su prestigio sin arrogancia y unir la autoridad con la modestia.

Tuvo de la opinión pública la noción más justa y le rindió pleito homenaje, poniendo atento oído a los oráculos de esa voz, que es la voz de Dios cuando expresa la voluntad del pueblo y no la de las turbas enloquecidas o la del hombre ignorante y apasionado cuyas palabras pasan mil veces bajo los rodillos de una prensa. La opinión pública, no formada por los aullidos del populacho o por los dicerios de un papel inmundo, sino constituida por el voto de las gentes ilustradas y de honor, fue el viento que infló siempre las velas de la nave de nuestro gran piloto. En esa opinión tenía fe, a ella rendía culto y en todas sus grandes empresas la consultaba, emplazándola como a juez de sus obras y apelando al “veredicto justiciero de los tiempos”.

Respetando la opinión sana e ilustrada, investigando con cuidado los votos de los hombres buenos, desapasionados y juiciosos, así como el dictamen de las clases respetables, fue como Núñez alcanzó un prestigio superior al de todos nuestros hombres públicos; porque Murillo, aunque fue hábil político, no realizó reformas ni mantuvo tantos años su influencia; ni Mosquera, a pesar de haber sido un grande administrador, pudo librarse de ominosa caída; ni Santander, el gran ciudadano que fundó en Colombia los gobiernos civiles, pudo conservar hasta el fin su prestigio. Para comparar el prestigio de Núñez es menester tal vez llegar hasta Bolívar en el apogeo de sus glorias. ✽